

Además de Jonatás y sus dos hermanos, muertos en la batalla de Gélboe, tenía Saúl otro hijo llamado Isbaal, a quien no perdía de vista el partido opuesto a David, cuidadosamente, ya que Jonatás casi había abdicado, declarando en alta voz que al morir su padre David sería rey. Después de la batalla de Gelboe, Abner, que debió de cruzar el Jordán con los restos del ejército, proclamó rey en Mahanaim (Galad) a Isbaal, que fue reconocido por todo Israel, menos por la tribu de Judá. Se estableció entonces la distinción entre Israel y Judá, que a los ochenta años había de levantarse una contra otra, a modo de banderas contrarias. Judá, en el conjunto de los Beni-Jakob, se convirtió en unidad aparte. La división, suprimida un momento por la valentía de Saúl, recobraba sus derechos. Aquellos pueblos viejos, a quienes preocupaban ante todo las rivalidades de tribus y competencias de jefes, no les interesaba la unidad.

Entretanto Isbaal era proclamado más allá del Jordán, permanecía David en su retiro de Siklag, y mientras lloraba a Saúl, se preparaba a sucederle. Con sus larguezas se había ganado a casi toda la tribu de Judá. Dar a unos lo robado a otros es un juego que, teniendo en cuenta el egoísmo de los hombres, sale bien casi siempre. Además, David con sus bandidos se había formado un sólido núcleo de ejército. Tres belenitas (los tres de su familia) habían aprendido en su escuela el rudo arte del soldado. Eran Joab, Abisai y Asael, hijos de Seruia, hermana o cuñada de David. Los bandidos de Siklag decidieron apoderarse de Hebrón, la ciudad mayor de la comarca. David, como de costumbre, consultó al *efod* de Abitar, y como éste contestó favorablemente, se puso en marcha con sus dos mujeres y su cuadrilla. Acamparon todos en los alrededores de Hebrón, y la tribu de Judá se agrupó junto a ellos espontáneamente. David fue unánimemente aclamado rey de la casa de Judá (1050 antes de J.C.) a los treinta años de edad.

Desde entonces ambicionó todo Israel, y comunicó su elección como rey de Judá a varias ciudades, particularmente a Jebes de Galaad, a la que dio las gracias por haber cuidado de sepultar a Saúl. Se comportó como heredero y solidario de éste, manifestándose preocupado por los intereses de Israel. A la valentía, a la flexibilidad, al ingenio que hasta entonces había demostrado, añadiría la habilidad del político más experto, las sutilezas de un refinado casuista, el arte equívoco de aprovecharse de todos los crímenes, sin cometer directamente ninguno.

No significó una gran traba el agradecimiento que debía a la familia de Saúl. Hablaba respetuosa y cumplidamente de Saúl y de Jonatás, pero no creía deber nada a Isbaal. Éste pareció ser un hombre muy mediano, gobernado en todo por Abner, que le llevó desde Mahanaim al país de Benjamín, donde estaba más arraigada la casa de Saúl. El primer choque entre sus partidarios y los de David ocurrió en Gabaón. Joab y Abner, jefes de los dos cuerpos enemigos, se encontraron a ambos lados del estanque, que todavía existe. Se empezó por un combate de doce contra doce, y luego hubo una batalla, cuyas ventajas fueron para los de David.

Destacaron grandemente los tres hijos de Seruia aquel día. Asael, queriendo sobresalir, intentó matar a Abner, pero fue muerto por éste. Joab y Abisai persiguieron a Abner hacia el Jordán, pero los benjaminitas se retiraron ordenadamente y se volvieron para formarse en batalla en lo alto de una colina. Hubo negociaciones y la gente de Abner logró repasar el Jordán y llegar a Mahanaim. Joab y los suyos anduvieron toda la noche y entraron en Hebrón.

Duraron bastante tiempo estas contiendas entre ambas partes. David crecía de día en día, y a Isbaal le pasaba lo contrario. Una riña de harén originó discordias entre Isbaal y Abner. A éste le iba pareciendo bien que hubiera un solo rey desde Dan hasta Berseba. Por ambas partes hubieron acuerdos. David exigió como condición previa que le devolvieran a su mujer Mikal, la cual le fue concedida a pesar de las instancias del nuevo marido de ésta. Abner procuraba reconciliar a los dos partidos. Los generales de Isbaal se dejaron sobornar casi todos. Abner fue a Hebrón acompañado de veinte hombres. David le recibió con cordialidad aparente y Abner se encargó de prepararlo todo para la inmediata pacificación.

No se había contado con el honor de Joab, comprometido, según las ideas hebreo-árabes, a vengar la muerte de su hermano Asael. Joab no estaba en Hebrón cuando llegó Abner. Al regresar, supo que éste volvía tranquilamente al territorio de Benjamín. Reprochó a David el haberle dejado escapar, y se las arregló de modo que Abner volviera a Hebrón. Entonces le tendió una trampa y lo mató.

David afirmó que no tenía responsabilidad alguna en la muerte de Abner, y que Joab lo había hecho todo. Incluso lanzó contra éste una maldición terrible, sabiendo que no le haría efecto alguno. Mandó hacer a Abner solemnes funerales, compuso una elegía en su honor y fingió estar inconsolable. Hubo que darle de comer a la fuerza. Algunos se extrañaron de que a pesar de tal desesperación no castigara a Joab, pero David dio a entender que, aunque rey, no tenía gran poderío y que los hijos de Seruia eran más fuertes que él, por lo que suplicaba a Jehová que los castigase. Se creyó o se simuló creer en su sinceridad, y se le aplaudió unánimemente. En realidad, él era el que más salía ganando con el asesinato. Abner habría sido un gran estorbo para su política, y además la muerte de este jefe era el último golpe dado al partido de Isbaal.

El desgraciado Isbaal se veía abandonado de todos en Mahanaim, y

fue asesinado mientras dormía la siesta, por dos benjaminitas de Beerot, que llevaron su cabeza a Hebrón. David, como de costumbre, se mostró indignadísimo, mandó cortar pies y manos a los dos asesinos, y luego los hizo crucificar.

Por este segundo homicidio, cuya responsabilidad rehusó David tan enérgicamente, quedaba constituida definitivamente la monarquía de Israel. Las tribus fueron a Hebrón para someterse a David. El pacto se selló con juramentos. David fue ungido, y desde aquel momento se le consideró inviolable y sagrado.

Lo que no pudieron hacer Ebrain, Galad ni Benjamín, lo realizó Judá. Hebrón fue la capital de Israel. David siguió viviendo allí cinco años y medio. Su familia empezó a formarse allí también. Se casó con Maaka, hija de Talmaí, rey de Gesur. Ahinoam, una de sus anteriores esposas, le dio a su hijo mayor Amón; Abigail le dio a Kileab; Maaka, a Absalón; Haggit, a Adoniah; Abital, a Sefatiah; Eglá, a Iream.

A David no le quedaba ya ningún rival. De la familia de Saúl sólo quedaba un muchacho enfermizo llamado Meribaal, hijo de Jonatás. Tenía cinco años cuando le llegó la noticia de haber muerto Saúl y Jonatás. La esclava a quien estaba confiado, huyó tan apresuradamente que lo dejó caer, por lo que se quedó cojo de ambas piernas. Ya veremos las diversas peripecias de la vida agitada de este infeliz.